



# HISTORIA DE SATYAKAMA

*Por Mabel Lavintman*

**H**oy vamos a narrar una historia muy antigua, y a la vez muy actual y muy inspiradora para todos los que transitamos el Sendero Espiritual, para todos los que aspiramos a conquistar el Amor universal: el Sendero del Amor a Dios.

Esta historia trata acerca de un niño muy virtuoso que tenía un profundo anhelo de alcanzar el más alto Conocimiento Espiritual, aquel que lo capacitaría para encontrar a Dios y realizarlo.

El nombre de este niño era Satyakama y su historia está incluida en el Chândogya Upanishad. Gracias a Dios está hermosamente ilustrada y muy bien relatada también en la colección de Revistas de Amar Chitra Katha.

A pesar de su corta edad, Satyakama sabía que sin un Maestro que le instruyese y que le indicase el Camino a seguir, ese anhelo no podría realizarse.

En efecto, dicen en India que la verdadera enseñanza es vivencia profunda de Amor y sólo puede ser transmitida de un Alma viviente a otra Alma viviente, “from the living soul to a living soul” le decían en inglés los Monjes a mi Amada Maestra ADA en India.

Y nosotros, sus hijos, lo sabemos muy bien, porque tenemos la dicha de estar junto a Ella y recibir su guía durante toda nuestra vida, y también sabemos que sin su amoroso cuidado estaríamos perdidos en los mil laberintos del conocimiento equivocado.

Y volviendo a nuestra historia...

Sucedió que un día, hace ya mucho tiempo, mientras el Sabio Gautama estaba impartiendo enseñanzas espirituales en su Gurukula a un grupo de discípulos, una presencia infantil sorprendió a todos.

Se trataba de Satyakama, un niño de apenas unos ocho años de edad.

Este, de forma muy resuelta, se acercó humilde y respetuosamente al Sabio, pidiéndole que lo acepte como su discípulo.

Entonces el Maestro le preguntó quien era y a que familia pertenecía, a lo cual el niño respondió que él era Satyakama,

hijo de Jabala, y que no sabía a que familia pertenecía, ya que su padre había muerto y su madre sólo le había dicho que se llamaba Satyakama Jabala, pues desconocía los ancestros de su cónyuge.

Y nuevamente le pidió que lo acepte como su discípulo.

Antes que el Maestro pudiera hablar, un alumno antiguo se interpuso diciendo que sólo un brahmín está preparado para recibir el conocimiento sagrado, y quizá este niño no tenía la calificación necesaria para ser un discípulo, puesto que no era de un linaje conocido.

Pero el Maestro, con mucha Sabiduría y Amor, percibió que el niño tenía un alma muy pura y que su anhelo era verdadero, por lo que le respondió a éste que si alguien es honesto y dice la verdad sin temor ni timidez, es un verdadero brahmín, y está calificado para ser un buen discípulo.

Es así que Gautama lo aceptó como tal y le preguntó que Meta se había propuesto conquistar en esta vida, a lo que Satyakama respondió:

—Yo quiero experimentar a Dios, quien es la Suprema Realidad.

El Maestro percibió su sinceridad y decidió guiarlo para acercarlo a esa sublime Meta.

Es así que le dió una tarea: Le pidió que lleve a cuatrocientas vaquitas del rebaño del ashram —las cuales estaban flacas y débiles— hacia un lugar donde abundaran campos para el pastoreo. Y le pidió que vuelva cuando estuvieran todas bien alimentadas y saludables y su número supere las mil.

—¡Obedeceré inmediatamente! —dijo el niño.

Es así que Satyakama, hijo de Jabala, partió con todas las vaquitas hacia lejanas tierras para cumplir la tarea que el Maestro le había dado.

Amorosamente trabajaba en lo encomendado por su Maestro, pero al mismo tiempo se preguntaba por qué éste lo había enviado al bosque, siendo que él le había pedido realizar a Dios...

—¿Será que Dios —se preguntaba— deberá ser hallado en el bosque?

Sin embargo, con el tiempo dejó de preocuparse por ello y ya no se preguntó más nada acerca de esta tarea indicada por Gautama.



Comenzó a ver la belleza de cuanto lo rodeaba y a amar al sol, al cielo, a los árboles, a los pájaros, a los ríos, a las flores, y a los sonidos de la naturaleza que lo acompañaban en todo momento...

Y comenzó a sentir la unión de su alma con toda la Creación, y con este sentimiento todo su ser se llenó de Paz y Felicidad.

Con respecto a las vaquitas, las cuidaba con todo esmero, estaba atento a cada una de sus necesidades. Las vaquitas cada día estaban mejor y con el tiempo se multiplicaron y crecieron en número.

Y siempre al atardecer, cuando ellas descansaban, él meditaba:

—¿Dónde podré encontrar a Dios? ¿Dónde está Él?

Es así que, luego de varios años y bajo su amoroso cuidado, el rebaño ya estaba suficientemente saludable y excedían los mil en número, como el Maestro le había pedido, por lo que decidió que era el momento oportuno de regresar junto a Gautama, ya que había cumplido con la tarea por él indicada.

Sin embargo, cuando se preparaba para retornar descubrió que se le había perdido un ternero y comenzó a buscarlo an-

siosamente por todas partes, lo buscó en el norte, lo buscó en el sur, lo buscó en el este y lo buscó en el oeste... llamándolo y llamándolo con cariño, hasta que al fin, con infinita alegría logró encontrarlo.

Este episodio lo llevó a reflexionar:

—Así como encontré a mi ternero... ¿seré capaz de encontrar a Dios?

Y ese atardecer sintió una extraña paz cuando observaba un toro muy anciano que estaba descansando a su lado, y le pareció que podía escuchar y entender lo que el toro hablaba. Este le decía:

—Dios está en el Norte... Dios está en el Sur... Dios está en el Este... Dios está en el Oeste...

—¡Pero claro! —se dijo—. Es verdad! Dios está presente en todas partes! no tengo que ir a un lugar especial para encontrarlo!

Es así que inició el regreso a la casa de su Maestro con todas las vaquitas.

Y una noche, mientras encendía una fogata, sintió que el mismo Fuego le hablaba, ¡y él podía escucharlo! El Fuego le decía:

—Dios impregna toda la Tierra, se expande en todo el Cielo, invade todo el Aire y se extiende a través de todo el Océano.

—¡Sí! —meditaba el niño—, ¡Dios es infinito como el Cielo!

Y a la mañana siguiente, muy tempranito, cuando el Sol salía por el horizonte, maravillado ante su luminosidad se preguntó:

—¿Quién hace que el Sol brille?

Y un cisne que pasaba volando le respondió:

—Dios es la Luz que hace que el Sol brille, ¡y que la luna, el fuego y el relámpago brillen también!

—¡Por supuesto! —pensó el niño—, ¡Dios es la Luz de luces! ¡La que hace que el Sol, la luna, el fuego y el relámpago puedan brillar también!

Satyakama permaneció quieto en meditación y nuevos pensamientos fluyeron en su mente, la cual era muy pura. Se preguntó entonces: ¿Quién hace que yo pueda respirar, quien hace que yo pueda ver, que pueda oír y pueda pensar? Y esta vez un pajarito que volaba cerca suyo le respondió:

—¡Es Dios!... ¡es Dios!... ¡es Dios!...

Es así, que después de estas maravillosas experiencias, Satyakama llegó a la Gurukula radiante y renovado, enamorado de la Creación y de Su Creador. Su Maestro enseguida notó la transformación que había experimentado el niño, porque todo su ser resplandecía con un brillo Divino... y le preguntó quién le había enseñado, a lo que Satyakama respondió: un toro, el fuego, un cisne y un pajarito.

Y una vez más pidió a su Guru que le enseñe como alcanzar la total experiencia Divina. Y el Sabio Gautama gustosamente le impartió la tan ansiada Instrucción a su amado discípulo, a lo largo de toda su vida, quien transitó el Sendero que lo acercaría al más elevado Bien.

Y es así, que, bajo la sagrada guía de su Maestro, Satyakama luego se convertiría en un gran Sabio él también, ayudando a su vez a muchos buscadores de la Verdad a encontrar el camino de regreso a su Hogar Celeste.

Y aquí termina esta narración.

\* \* \*

¡Quiera Dios, Nuestro Señor, que todos nosotros seamos como este niño, con un solo anhelo en la vida!: ¡Amar a Dios sobre todas las cosas! ¡Y que nunca nos separemos de la enseñanza que nos alimenta para lograrlo!



Nuestra Maestra nos dio una Escuela maravillosa y muy pura: ¡Una Escuela iluminada por su Amor! ¡Que podamos nosotros velar por ella así como nuestra Madre vela por cada uno de nosotros!

También la historia de Satyakama nos recuerda estar siempre atentos a nuestra labor espiritual.

¡Gracias Madre por enseñarnos cómo practicar esa atención y a trabajar siempre para el bienestar de la humanidad toda! ¡Y gracias por Hastinapura donde aprendemos a crecer en Amor a Dios y en Servicio inegoísta, a cuidar y a amar a cada una de sus criaturas, gracias por estas tareas sagradas donde se purifican nuestros corazones! Tareas que nos preparan para realizar el más alto Bien: ¡La Unidad de Dios en toda la Creación!

Gracias Madre por recordarnos una y otra vez que “¡La cuestión es estar enamorado de Dios!” y gracias por enseñarnos a ver a Nuestro Padre Celeste habitando en todos los corazones!

¡Om Guru Om!

*Por la Prof. Mabel Lavintman  
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*